

Editorial



Las noticias de la prensa eran claras: las autoridades migratorias de Suecia habían tomado la decisión de deportar a su país de origen a más de 600 salvadoreños que, supuestamente engañados por unas agencias de viajes, decidieron enrumbar hacia ese lejano país en el pasado año 2001, en busca de la esperanza. Un supuesto programa de inmigración y residencia legal fue el anzuelo para inducir a muchos a correr la aventura; vendieron sus pocas pertenencias: casas, automóviles, muebles y enseres domésticos para financiar el sueño; al final la cruda realidad en las palabras del señor Hans Magnusson, encargado de negocios de la Embajada de Suecia en Guatemala: "No van a recibir permiso de residencia, ni permiso de trabajo, van a tener que regresar."

En los días posteriores a las primeras noticias, y luego de las declaraciones de funcionarios de Cancillería, especialmente la Ministra de Relaciones Exteriores, de que se iban a buscar fórmulas para evitar la deportación, la respuesta de la Cancillería sueca era contundente: los salvadoreños todos serían deportados. No había ninguna alternativa, ninguna posibilidad.

De nuevo el drama humano de la huida, de la búsqueda de la sobrevivencia, de la necesidad de encontrar nuevos espacios para vivir, de la esperanza de una mejor calidad de vida, de otro futuro para los hijos. Las noticias periodísticas en forma subliminal señalan la inhumanidad de las autoridades suecas al hacer retornar a nuestro país a un grupo de ingenuos y estafados aspirantes de la esperanza, pero se olvidan, y ojalá que no sea adrede, de las causas que motivan a tantos salvadoreños a dejar su país, posiblemente para siempre.

La aventura y la migración han sido constantes en la historia de la humanidad. Desde el viaje de los argonautas en busca del vellocino de oro, los maravillosos relatos de Marco Polo, las ambiciones de Cristóbal Colón de encontrar los países de la especiería, el hombre siempre ha tenido motivos para dejar su patria y arriesgarlo todo. Los primeros peregrinos que a bordo del Mayflower llegan a la costa oeste de Norteamérica en busca de un territorio en donde vivir en paz en un marco de tolerancia religiosa es otro ejemplo. En el siglo XX las migraciones masivas fueron impulsadas por dos guerras mundiales y sus secuelas de hambre, destrucción y la falta de oportunidades.

América fue en el último siglo el continente de la esperanza; millones de europeos llegaron a sus tierras en pos de una mejor vida: de tierras para trabajar, de techo y abrigo, de alimentos, de paz y libertad. Con el tiempo se consolidaron y formaron familias, accedieron a la educación y adquirieron los derechos de la ciudadanía. Sus hijos, americanos por derecho de nacimiento, se convirtieron en los indiscutibles herederos de sus respectivas Patrias. En la actualidad, especialmente cuando se trata de la migración de países pobres a países ricos la óptica es diferente; el migrante es tratado como un paria, un indeseable, un huésped no invitado que estorba. Nuestras abuelas, en esa sabiduría popular tan propia de nuestro pueblo decían: «El muerto y el arrimado a los tres días apestan».

Las actitudes desesperadas de muchos compatriotas que se quieren ir «a como de lugar», es patológico. Generalmente estamos acostumbrados a los intentos de dejar el país y atravesar la frontera de salvadoreños sumidos en la pobreza, sin mucha o ninguna educación, sin oportunidades factibles de obtener un miserable empleo para medio vivir. Se van a vivir en condiciones también miserables por ganar algunos dólares lavando inodoros, talvez platos en el mejor de los casos. Las mujeres se emplean como domésticas, las de mayor educación -secretarías, bachilleres y universitarias- cuidan niños o ancianos, limpian apartamentos, se colocan de cocineras o meseras en pequeños negocios y restaurantes. Los dólares se necesitan, la familia en El Salvador los necesitan, padres, hijos, hermanos. Dedicamos ésta edición a este profundo drama humano.